

la columna DE RAMÓN DÍAZ

SOBRE ESTO Y AQUELLO

Nos falta alguien que entienda por qué nos va mal y sea capaz de corregir el rumbo que nos llevó a la miseria, la mediocridad y la desilusión

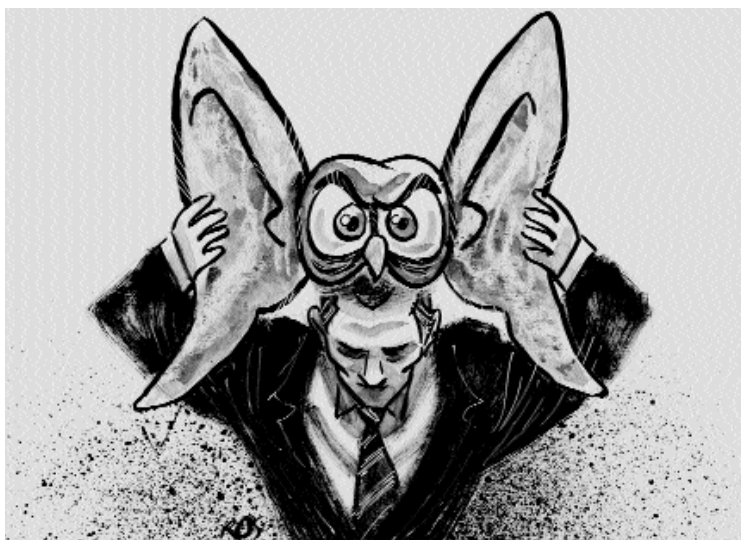
Líder político, se necesita

Todo indica que entre los principales candidatos a la Presidencia no vamos a encontrar a ningún líder. La repetición de esa carencia no es, por inveterada, menos lamentable. Al contrario, cada vez lo necesitamos más. Por "líder" entiendo a alguien que comprenda que nuestro rumbo está errado y sea capaz de reintegrarnos al camino recto.

Un líder debe saber por qué nos va mal. El simple saber que nos va mal no basta. Eso lo sabemos todos. Echarle la culpa al gobierno anterior, cuando todos se han parecido, es estúpido. Tampoco alcanza con que conozca los síntomas más conspicuos que padecemos. De sobra los conocemos. Lo que necesitamos es un diagnóstico, del cual se siga la terapia a aplicar. Y si podemos saber de otros casos semejantes, en los cuales se haya recobrado la salud con el tratamiento que el líder esta proponiendo, tanto mayor optimismo sentiremos.

Escribo esto acuciado por cosas que he leído en la prensa. Las recomendaciones de Tabaré Vázquez a su plana mayor se han vuelto notorias, en cuanto a la regla de observación silenciosa a que deben atenerse. Les instó a que sus ojos fueran como los de un búho y sus orejas como las de un elefante. El símil continuaba a propósito de la boca, pero eso hoy no nos interesa. Observar con la vista y el oído, pues, pero observar ¿qué? y ¿con qué fin?

Antes de abocarnos a ese acertijo, reparemos en una tesis similar de otro candidato. Búsqueda de 18/3 titula la p. 6: "Stirling dijo que encara la lucha electoral 'con mucha fe' y que su prioridad es hablar con la gente y escuchar 'sus problemas'". Este candidato despeja algo más nuestra curiosidad sobre la aplicación del método dialéctico. "Vamos a estar a favor de cosas", declaró, "a favor de la reactivación, a favor de la preocupación de encontrar trabajo para la gente, de ver cómo solucionamos la falta de las madres en algunos hogares pobres, que generan marginalidad y violencia. Esos son los temas que debatiremos." Acabo de decir que Stirling aclara



algo más el método de campaña, pero agrego ahora que no lo suficiente. Imagino que un señor se le acerca y le pregunta: "Y, don Stirling, ¿vamos a salir de ésta?" Y el candidato toma nota de la inquietud, y le asegura que eso lo preocupa mucho. Otra persona lo aborda confiándole que lleva un año sin encontrar trabajo, e inquiriendo si él cree que, de ser electo, podrá solucionar esa clase de situaciones. Él responderá que hará todo lo posible y que la cuestión le preocupa mucho. Una señora le dice que, habiéndola abandonado su marido, debe salir a hacer limpiezas y dejar a los gurises solos. Y el candidato le asegurará que las situaciones como la suya le quitan el sueño y que está a favor de hacer todo lo posible para resolverlas. Eso lo entiendo; lo que no logro comprender es qué es lo que va a debatir y con quiénes. Supongo que no esperará encontrar candidatos que piensen que no importa superar o no la grave crisis que sufrimos, a quienes la desocupación deje indiferentes, ni las condiciones de vida de los barrios marginales los tengan sin cuidado. Si quiere debatir sobre esas cosas le va a ser muy difícil encontrar contrincantes.

Me imagino que en realidad lo que Stirling quiso decir es otra cosa. Que lo que él piensa debatir no es si el desempleo es inquietante, sino a qué se debe y qué se puede hacer para reducirlo. En lenguaje técnico diríamos que lo que va a discutir con sus rivales no

Es difícil hallar en la era moderna otro país, aunque Argentina nos sigue cerca, con semejante descenso en la escala de la prosperidad

son los objetivos que el nuevo gobierno debe proponerse, sobre lo cual no habrá diferencias significativas. Todos querrán que el desempleo baje a su nivel "natural", que debe ser del 6 o 7%. Y todos querrán que los salarios reales suban sustancialmente. Y que la justicia mejore de calidad, y la educación otro tanto y que los jóvenes tengan oportunidades laborales razonablemente atractivas en el país y no tengan que centrar sus esperanzas en la emigración. Lo debatible consistirá, pues, en otra cosa: cuáles son los instru-

mentos a utilizar para perseguir los objetivos en que todos concuerdan, y de qué manera habrá que manejarlos.

A fin de poder debatir al respecto no me parece que la observación visual y auditiva de nuestra realidad sea lo que importe. Simplemente viviendo en Uruguay sabemos cuáles son sus problemas. No se precisan ojos de gran tamaño para percibir cómo la pobreza ha alcanzado entre nosotros proporciones jamás antes vistas. No se requieren orejas grandes ni oídos finos para captar las expresiones de desesperanza que testimonian el difundido propósito de probar suerte fuera de fronteras. Más que la capacidad sensorial, se me ocurre que son facultades intelectuales las que los candidatos deberán cultivar. La memoria, ante todo. Nos va mal, eso sin duda; pero ¿desde cuándo comenzó a irnos mal, y qué hicimos, o dejamos hacer, para que así aconteciese? No me refiero solamente a la memoria personal, sino a la histórica. La misma que nos dice que otrora fuimos uno de los países más ricos del mundo; que entre 1850 y 1911 —intervalo que no selecciono caprichosamente,

sino porque existen a su respecto investigaciones estadísticas confiables— fuimos el país que de toda América Latina exhibió la máxima tasa de inmigración, delante de Argentina. O sea que la única expresión que puede definir la imagen que a la sazón proyectábamos hacia el exterior era el de una tierra de promisión. ¿Qué pasó para que, al cabo de un siglo, la dirección de los flujos migratorios se invirtiese de manera tan dramática?

Allí, entre los recortes de la memoria histórica, es que el candidato deberá hurgar, y reflexionar. Profundamente, y con la mejor asistencia a su alcance, porque las preguntas son difíciles. En la era moderna—digamos, desde el siglo XVI— es difícil encontrar otro país, aunque Argentina le sigue de cerca, que haya descendido de manera semejante en la escala relativa de la prosperidad. O que haya negado tan redondamente los principios que habían promovido su ascensión, de ser el país pobre y despoblado que juró la Constitución, en 1830—74.000 habitantes, en su mayoría andrajosos— transformado, según la visión de Juan Bautista Alberdi, en 1853, en "la California del Sur." Y que en alguna noche de 1856 estrenaba el Solís, construido por el sector privado, repleto de bote en bote, resplandeciente de elegancia, para oír una ópera europea, por eminentes voces europeas, que por muchos años nos visitarían cada temporada en adelante.

Sil las preguntas son difíciles, no podemos sentirnos seguros de que algún candidato encuentre las respuestas correctas. Pero una cosa me parece indiscutible. Los candidatos los eligen los partidos y no han de faltar a la cita. Pero líderes, hombres y mujeres capaces de mostrarnos el rumbo por el que superar la miseria en que hemos caído, la mediocridad en que nos hemos adormecido, la desilusión que lleva a tantos al exilio, sólo podrán encontrarse entre quienes propongan una hipótesis sobre cuál haya sido la clave de nuestro desastre nacional, y de cómo superarlo. Y mientras ese líder no aparezca, difícilmente nuestro destino cambie.